

vieran, agarró de los cabellos á su hija, que permanecía á sus piés, y clavándole en el seno repetidas veces el agudo estoque, gritaba lleno de encono:

—¡Muere con tu detestable hijo! ¡Yo te maldigo! ¡El infierno se abre ya para recibirte!!!

Noviembre 27 de 1836.



Manolito el Pisaverde.

(México 1832.)

¡Oh infeliz una y mil veces
la que se ve aborrecida
de la cosa que más quiere!

CALDERON.—EL TETRARCA.

I.

EL BAILE.

Como ondean agitadas por el viento las espigas de las cañas formando confuso murmurio, así en el magnífico salón de D. Fernando Murtas se movían las cabezas de multitud de convidados que esperaban ansiosos la hora del baile, bramando impacientes como el can encadenado que ve pasar un hombre frente de sí. Empero el baile dilataba aún, porque algunos cantadores, en unión de la hija única de D. Fernando

Murtas, estaban luciendo su habilidad en un rumboso concierto con gran contento de los filarmónicos que ya reventaban de placer, y ya habían casi inutilizado sus manos á tanto palmotear.

Era el salón espacioso y estaba ricamente tapizado y embellecido con espejos, cuadros, candiles de luciente cristal, sillas y sofás de caoba cubiertos de telas de cerda suntuosamente bordadas de seda que representaban diversas escenas y paisajes, y por último cubría el pavimento una alfombra que verdaderamente daba dolor pisarla, como lo hubiera causado poner el pie en un cuadro de Velázquez ó de Rafael.

Como brillan las estrellas en el cielo, brillaban las joyas en los angelicales rostros de las jóvenes mexicanas, algunas de ellas ocultadas de vez en cuando por alguna vieja presumida, como una roca escarpada y horrible cubre la luz esplendorosa del faro á la vista del navegante que surca las aguas del mar.

Diversas escenas se representaban en el salón, dignas por cierto de la pluma de Bretón de los Herreros. Hay muchas cosas que ver en un baile, y en un baile de rumbo, donde se analizan las personas y sus vestidos con una minuciosidad admirable, donde se indagan la vida y las aventuras de los concurrentes, donde se forjan anécdotas infamantes y se aplican al primero que pasa. Los celos son un personaje

infatigable que nunca falta en tales ocasiones, que por todas partes anda, y, como el aire, en todas partes se introduce, que á todos tienta, á todos alarma, á todos infunde el mortífero aliento de la discordia. La envidia se pasea y recorre todos los grupos oprimiendo con su diestra varias sierpes horribles y venenosas, las cuales se deslizan y penetran el corazón y lo oprimen, y lo martirizan, y lo despedazan con encarnizada furia. La joven incauta que se introdujo en aquella reunión para tener un momento de gozo ha padecido tanto como si hubiera entrado en la mansión de los réprobos. Cuantas calamidades, cuantos vicios pueden martirizar el corazón del hombre, allí se encuentran, allí tienen su imperio, allí oprimen despóticamente á la desgraciada humanidad. Se ven muchos semblantes risueños, se escuchan muchas palabras de alegría, pero no se ven los corazones, no se escuchan los pensamientos recónditos que nunca salen de la mente, y si salen, es para pasar á un oído cercano, expresados de una manera que nadie los pudo entender, porque nadie pudo percibir los sonidos de la voz del que los comunicaba.

Así se pasan las horas de la vida, horas que llamamos de placer, pero que en realidad son de dolor: horas dulces en la superficie, amargas en su interior. . . . se deslizan como la corriente de un río, mansa,

apacible, deleitosa, pero que da muerte terrible al que engañado se arroje á sus aguas.

Dió fin el concierto con otro de palmas y voces. Doña Teodora la dueña de la casa é hija de D. Fernando, fué á tomar su puesto entre las demás señoras, seguida de porción de aduladores que la felicitaban por la inimitable gracia con que había cantado. Pero los aplausos no podían arrancarla del rostro las sombras que lo cubrían. Estaba melancólica, triste, abatida: se esforzaba á reír, pero su risa era tétrica como la presencia de los sepulcros: su sonrisa no salía del corazón, no, que estaba continuamente atormentado. ¿Y por qué?... Ella era antes el principal adorno de las tertulias, del teatro, de los paseos; su pecho se había conmovido siempre de placer, jamás de dolor, el contento había brillado en su frente y en sus ojos como la luna en una noche serena, como el sol en uno de los hermosos días de México. Y ahora una nube cubre su semblante, las rosas de sus mejillas y de sus labios han desaparecido como las flores del campo en una inundación. ¿Por qué un cambio tan repentino?...

Aquel baile se había dispuesto para celebrar su boda con D. Jacinto Almaraz, joven que, como ella, era antes de festivo humor, pero que también había cambiado súbitamente, y en la actualidad vagaba por

la sala con los ojos clavados en tierra, distraído y pensativo.

—¡Pobres muchachos! exclamaba una señora, dirigiendo la voz á una hermosa niña que tenía junto de sí. ¡Pobres muchachos! tan jóvenes, tan amorosos, y, antes de casarse, tan alegres y tan bulliciosos... Míralos ahora, cuando se han cumplido sus deseos, cuando tocan el puerto de su felicidad, están lánguidos y abatidos.

—¿Pero qué será, mamá? Algún poderoso motivo tienen para estar así.

—Ciertamente que habrá algún motivo, ¿pero quién lo sabe? Ellos han apresurado su matrimonio, y se ignora por qué: sin dar parte á nadie, sin... Esta mañana hemos sabido repentinamente que ya estaban casados.

—Pero esa tristeza...

—El pobre de D. Fernando, continuó la señora, llamó á su hija esta mañana, y la dijo: "He cumplido con tus deseos: ya estás casada: ¿qué más quieres? ¿No estás contenta? ¿No eres feliz? ¿Has tenido algún disgusto?..."

—¿Y qué respondió Teodora?

—Respondió que estaba contenta, y se puso á llorar.

—¿A llorar?... Ya se ve: dicen que de dolor se canta; no será extraño que ella lllore de placer.

—No, hija mía, esas lágrimas deben pro-

venir de otro motivo, ella habrá sabido algo de su marido.

—Entonces, dijo la niña, en vez de apresurar su matrimonio lo hubieran retardado.

—Tienes razón. Sin embargo, el tal D. Jacinto es hombre que no puedo sufrir, no sé qué cosa hay en él que me repugna: vamos, le detesto.

—¡Ay! no, mamá: ¿cómo ha de ser malo un hombre tan buen mozo, tan amable tan cortés, y que baila las cuadrillas y la bamba con una gracia.....

—Eso es, eso es, porque baila las cuadrillas y la bamba ha de ser un hombre de bien. Yo tendré cuidado de no andarte trayendo de aquí para allí.

—¿Por qué?

—Porque un día te me vas á enamorar de algún elegantucho de estos que andan de baile en baile, y te haces infeliz para toda tu vida.

—¿Pues qué, me quiere vd. tener encerrada?

—Tampoco eso, respondió la señora. Un medio entre ambos extremos es lo mejor. El encierro y la tiranía de algunos padres es pernicioso, y lo es también el consentimiento y la demasiada libertad. Si no, mira tú á Teodorita: D. Fernando la andaba trayendo de Seca en Meca: no habrá tertulia ó paseo á donde dejara de llevarla: de pequeña la mimó mucho, como que era y es la niña de sus ojos. ¿Y qué sacó? una

bailarincita que anda saltando de casa en casa, que no sabe más que brincar y cantar, y que por último se ha casado esta mañana con el pelafustán de D. Jacinto, quien, Dios me lo perdone, me parece un pícaro.

—No diga vd. eso, mamá.

—Si digo. ¡Casamiento derivado de un baile! no en mis días.—¿Pues qué sabemos de ese hombre?

—Todo México está impuesto, respondió la niña, de que es un señor guatemalteco, desterrado de su país por opiniones políticas.

—Porque él lo dice.

—Porque todo el mundo lo sabe. Cuantos le ven le aprecian, cuantos le conocen le elogian, cuantos le tratan le aman. Su cortesía, su amabilidad, su comedimiento atraen los corazones de todos. Nadie le aborrece; y si hay alguno que no le quiera, no le niega sin embargo sus buenas cualidades.

—Eso quiere decir, replicó la señora, que yo soy la excepción de esta regla; porque yo, aunque no le aborrezco, porque no tengo motivo, no le aprecio, y niego que es de buen corazón.

—¿En qué se funda vd?

—En el mío, que me lo está diciendo.

—¿En el corazón de vd?

—Sí.

—Pues si no es más que eso.....

—¿Qué?

—Digo que puede vd. tener un corazón muy malicioso.

—Ola, señorita; ¿con que vd. me viene ahora con observaciones sobre mi carácter?

—No se enoje vd., mamá: no he pretendido ofenderla, y en prueba de ello voy á pedir á vd. un favor.

—Veamos.

—Que vayamos á San Angel.

—No señor. Con la desvelada de ahora ir mañana á San Angel! ¡Quedaba fresca!

—Pero si no nos hemos de desvelar, repuso la niña. Mire vd., á las dos concluye el baile, es una hora regular para que cada uno duerma un poco, y pueda mañana ir á ver el término de la función. Conque ¿vamos?

—Veremos.

—No veremos, la cosa está decidida...

—Ya dije.

—No hay remedio, replicó la niña con firmeza y arreglando el chal de la señora, no hay remedio, ó no duermo en ocho días y me enfermo.

—¡Niña!

Fueron interrumpidas por un movimiento general de la concurrencia, y por algunas voces que decían: "¡Manuel!... ¡Manolito!... ¡El elegante!... ¡El pisa verde de México!..."

—¡Manolito! exclamó la niña. ¡Manolito!... ¡Dios mío!... Y al mismo tiempo pretendió levantarse para ver al nuevo

personaje que entraba, pero la señora la tiró del túnico, y la hizo una imperiosa seña para que se sosegara.

El recién venido era un joven como de unos dieciocho años, de pequeña y proporcionada estatura, de airoso talante, de pálido rostro, de facciones nobles, delicadas y bellas, hermoşeadas más por un bigote apenas naciente; sus pequeños pies estaban adornados con unas medias de seda gris y con unos zapatos lustrosos; su pantalón negro sumamente angosto, estaba ajustado en el tobillo por cuatro pequeños botones de oro, un chaleco de seda azul bordado del mismo metal, estaba dispuesto de manera que dejara ver su blanquísima camisa y su corbata de terciopelo; encima del chaleco traía un frac negro, cortado según las últimas estampas llegadas en aquella fecha de París, su negra y recortada cabellera estaba por la frente, dividida en dos mitades, siendo más pequeña la parte izquierda que la derecha; en fin, el complemento de su traje eran unos guantes blancos de cabritilla y un sombrero de baile, doblado debajo del brazo.

Los ojos de los concurrentes se clavaron en él, y más de un pecho latió de gozo, más de un bello rostro se cubrió de carmín, y más de un hombre le maldijo encolerizado.

Tenía gran partido entre las damas, á pesar de que era un pisaverde; porque sus

modales no eran afectados ni descompuestos: porque su pálido rostro era bello, interesante, mágico; porque su apostura era elegante y noble, y tenía un aire tan melancólico, que arrebatava los corazones; en una palabra, no era uno de esos petimetres almibarados y fastidiosos que son la diversión de las mujeres y la risa de los hombres sensatos, sino un joven, ó más bien, un niño de figura delicada é ideal, difícil de dibujar, y á quien muchas hermosuras adoraban asombrándose de haber dado cabida en su pecho á un pisaverde.

Saludó á la concurrencia con amabilidad y gracia, y fué á buscar en lo más obscuro y retirado de la sala un asiento, donde, cruzando los brazos y bajando la cabeza, se colocó distraído y meditabundo.

—¡Caramba! exclamó uno de los concurrentes, ¿qué diablos ha comido nuestra gente hoy? La novia está triste: el novio anda buscando en el suelo alguna cosa que ha perdido; y Manolito, la flor de los pisaverdes y el contento de las mexicanas, se ha ido á arrinconar allí como una escoba vieja, ó como un tomo polviento de Gerardo Lobo.

—Estará enamorado de alguna desdeñosa Dulcinea, dijo otro arreglándose la corbata.

—O no habrá acabado de aprender la gavota, exclamó el tercero.

—O tal vez el peluquero no fué á tiempo á peinarle.

—O le falta charol á sus zapatos.

Un coro de carcajadas hizo resonar el techo del salón, y luego se oyó una voz que dijo:

—¿Y se sabe dónde vive?

—Dicen que en una casucha del barrio de Santa Ana.

—Se ha equivocado vd. amigo, debajo de un arco de Belén tiene formada su choza con petates.

—¡Mentira!

—Eso no puede ser.

—¡Imposible!

—“No levantarás falso testimonio,” dice el padre Ripalda.

—¿Pero qué sabemos de él? Aparece repentinamente en las tertulias, y se va quién sabe á dónde. ¿Vivirá debajo de la tierra?

—No señor, en la luna.

—Y subirá como las brujas.

—Sí, como las brujas.

—¡Oh! si hubiera inquisición, ya estuviera chamuscado.

—Y quemado.

—Y tostado, y hecho carbón, para mayor honra y gloria de Dios y de su santa iglesia.

—¡Ea! para honra de los inquisidores y nada más.

—Vamos á hablar á Manolito.

—Vamos, gritaron todos, y se dirigie-

ron á donde estaba el infeliz muchacho, quien vió venir la nube con la resolución del infeliz negro que recibe la pesadísima carga que el bárbaro de su amo le echa en los nombres.

—¿Cómo va D. Agapito Cabriolas y Bizcochea? dijole uno poniéndole en el hombro la mano.

—Vístase vd. de mujer, dijo otro, y por vida mía que nos casamos mañana.

—Cuántos te envidiarán una muchacha tan linda!

—Por las pesuñas de Satanás, que me dan ganas de arrancarle ese bigote que está deshonrado, dijo un militar alto y grueso, y al mismo tiempo llevó su mano al rostro de Manuel.

—Antes me arrancará vd. el corazón, dijo éste levantándose. Y al mismo tiempo tomó una mano del atrevido militar, y tirándole de ella le decía: Sígame vd., no faltarán dos pistolas.

Nuestro hombre, sorprendido á tales expresiones, quedó estupefacto é indeciso.

—Si tienes miedo, dijo uno, iré yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Para todos habrá, replicó Manuel, si tienen paciencia y quieren venir uno tras otro.

Entre tanto se había agolpado porción

de gente, y las señoras alarmadas pretendían salir del salón.

—¿Qué es esto? gritó D. Fernando Murtas que había estado observando parte de la querrela. ¿Qué es esto, señores? vdes. han faltado á la buena educación, han faltado á mi casa y á toda la concurrencia. ¿Estamos en alguna taberna de San Pablo ó de la Palma? Háganme vds. el favor de moderarse, ó me obligarán á que les dé con las puertas en la cara.

Como cada uno en su casa es rey y puede hacer de su capa un sayo, los contendientes no tuvieron más arbitrio que alzarse de hombros y dispersarse, con lo cual volvió á reinar la calma en la sala. D. Fernando tomó á Manuel de una mano, y le dijo con voz entre severa y amistosa:

—Venga vd. acá bribonzuelo alborotador: quiero castigarle como merece, por inquieto revolucionario. ¿Con quién quiere vd. bailar? Escoja la muchacha más linda y se la sacaré. . . . Vamos, ¿á qué viene esa indecisión?

—Yo quiero, dijo Manuel afectando indiferencia, así. . . . cualquiera. . . . la que vd. guste.

—No señor, vd. la ha de elegir. Extienda la vista. ¿Quiere aquella del túnico azul?

—No, señor.

—¿Y esa otra que se está riendo, y que se ha puesto colorada y baja los ojos?

—Tampoco.

—Pues entonces la de los ojos negros que está en conversación tirada con esa otra que tiene cara de reina de torneo.

—No, señor, menos.

—Pues con mil demonios, ¿cuál es la que le gusta á vd.

Manolito tendió sus grandes ojos negros, y recorrió con ellos el salón en menos de un instante.

—¿Ve vd., le dice á D. Fernando, aquella señorita que tiene un listón negro en el cuello, atado con un brillante tan enorme, como otro que tiene en la frente en medio de un hilo de perlas, y que está cabibaja y.....

—Ta! ta! ta!.... ¡Hombre! si esa es la novia.

—¡Ah! la novia! Pues si yo lo hubiera sabido.....

—¿Qué?

—No se la hubiera pedido á vd.

—¡Patarato!.... No faltaba más, ¿y por qué? dijo D. Fernando, y condujo á Manuel delante de su hija.—Aquí te traigo, la dice, al joven más elegante que tiene México: quiere bailar contigo.

Los músicos comenzaron á tocar una contradanza, las parejas se levantaron, Manuel tendió una mano temblorosa á Doña Teodora, y buscaron su puesto. Ambos se miraban de cuando en cuando, y el rostro del joven se demudaba.—“¿Acaso está ena-

morado de la novia?”.... Esta fué la voz que cundió por el salón. Véamos el diálogo que tuvieron durante la contradanza.

—¿Está vd. contenta? preguntó Manuel.

—Yo estoy contenta con todos los que bailo.

—No digo eso, sino que si está vd. contenta en su nuevo estado.

—¡Qué pregunta! Pues no lo he de estar.....

—No, señora.

—¿Cómo?

—Vd. no está contenta.

—¡Qué dice vd!

—Vd. ha recibido ayer una carta de la que no ha hecho caso.

—Me hace vd. temblar, dijo Teodora demudada, ¿sería vd. acaso?.....

—Poco importa saber quien soy. Bástele á vd. no ignorar que será infeliz para toda su vida, por haber precipitado su casamiento, por no haber dado oídos á la voz de la verdad.

—Alguno me desea mal y por eso...

—No, señora, se ha equivocado vd.

—Quizá un malvado.....

—Repito que vd. se engaña, dijo Manuel con firmeza, y luego, acercándose más al oído de Doña Teodora, continuó. Todo lo sabrá vd., pero es preciso que la hable á solas.

—¡Imposible!

—Es preciso, es preciso, dijo Manuel lleno de afán.

—Si no calla vd. me siento.

—Se lo ruego á vd. por lo que más ama en el mundo.

—Ya he dicho que no: es en vano cansarse.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Manuel ¡ten piedad de mí!

—Pero un joven como vd., tan tierno, ¿qué interés puede tener?....

—Lo sabrá vd. si quiere hablarme á solas.

—Eso nunca. Mi honor....

—El honor de vd. no corre peligro.

—Ya dije que no: y el mayor favor que vd. me puede hacer, es irse de aquí al momento.

—Lo haré, señorita, lo haré como vd. lo manda, dijo el joven con voz casi apagada; pero vd. se arrepentirá, vd. se acordará de Manuel para todo el resto de sus días.

La contradanza concluyó, Manuel, sin hablar palabra, condujo su pareja á un asiento, y luego se perdió entre los concurrentes.

II.

LA CRUZ.

Habían dado las doce de la noche, y Doña Teodora estaba en su aposento hincada delante de un Crucifijo de marfil orando y en profunda meditación. En su fervor, en sus lágrimas, en los ardientes suspiros que lanzaba de tiempo en tiempo, daba á conocer el estado de su corazón y la sinceridad de sus oraciones.

¡Felices los que dentro de su pecho tienen elevado un trono al Dios de todo lo que existe! En él encuentran refugio, como el niño en los brazos de la que le dió el ser, como el mendigo en la casa de su bienhechor, como el peregrino que atraviesa el desierto sin norte ni consuelo, en una tienda hospitalaria que le defiende de los ardorosos rayos del sol, y donde una mano piadosa humedece sus labios secos y moribundos.

Doña Teodora, durante el baile, había sido presa del martirio de las pasiones: no pudiendo soportar aquel estado de desesperación, se había retirado á su aposento diciendo que estaba cansada y pretendía dormir; pero lo que verdaderamente deseaba era estar sola, meditar su dolor, diri-

gir sus clamores al Eterno: únicos consuelos de los desgraciados, y sin los cuales el mundo sería aún más insufrible que la tortura inquisitorial.

Se levantó Doña Teodora mostrando en su semblante calma y resignación; su alma se sentía aliviada, aunque no del todo, y se apoderó de ella un doloroso placer, una melancolía tan agradable, mil veces más dulce que los goces brutales á que se entregan los que por su desgracia tienen corrompido el corazón.

El descanso, el sueño buscaba la recién casada como el último remedio á sus penas; y en consecuencia separó las cortinas de su cama para entregarse enteramente al reposo.

Pero quedó pálida y desfigurada cuando observó que un bulto se movía detrás de las cortinas.... Iba á dar un grito de espanto; pero la voz se apagó en sus labios, la faltaron las fuerzas y cayó de rodillas ante el hombre audaz que se había introducido hasta su cámara.

—No tema vd. señora, dijo Manuel levantándola. No pretendo hacer á vd. mal; sino al contrario, deseo aliviar su corazón y también el mío.... ¡El mío, gran Dios, que padece los tormentos del infierno!.... Además, ¿qué puede vd. temer de un joven como yo que entra apenas en la carrera de la vida; que aun no puede llamarse hombre; que es tan débil, aunque no tan feliz

como el cordero que sigue humildemente los pasos del pastor?

Algún tanto repuesta Doña Teodora con las palabras de Manuel, se levantó y le habló de esta manera.

—Es vd. joven, es vd. niño, es verdad; pero un niño que despedaza mi corazón, que me trae sin duda la desgracia.... Lo confieso: antes que ver á vd. quisiera más bien tener en mi presencia á un asesino, á Lucifer.... En esos ojos brillantes, en esa pálida frente.... me estremezco sólo al pensarlo, estoy viendo.... ¡Oh Dios!....

—¿Qué?

—¡La muerte!....

—¡La muerte!!!....

—No hay duda: la muerte.... Si vd. viera esa mirada inmóvil y penetrante, ese rostro ofuscado por una nube lóbrega y fría, esos labios amarillos y temblorosos, ese sudor.... ¡ese sudor!.... vd. mismo se horrorizara, vd. volaría á esconderse de sí mismo.... Lo estoy viendo, sí: vd. me trae la muerte.... Lo sé, lo sé.... mi angustia, mi dolor, una voz horrible me lo está gritando en los oídos!....

—Cálmese vd., nada tema, dijo el joven con voz firme. Es una aprensión; la sorpresa, el acaloramiento produce esas ideas espantosas. Si alguien debe morir, seré yo; ninguno más que yo: yo, que busco por doquiera la muerte.... yo, que tengo un puñal ardiente clavado en el cora-

zón.... Pero no perdamos el tiempo, que vuela como nuestra felicidad. Tengo que revelar á vd. un secreto, un secreto horrible.... Prevenga vd. su corazón, sin temblar.... Antes es necesario que vd. me jure no revelarlo á nadie.

—¡A nadie!

—Solo á su marido de vd.

—¡Gran Dios!

—Pero es preciso que vd. lo jure.... aquí, delante de este Crucifijo....

Y al mismo tiempo la condujo hasta la mesa.

—Jure vd. no revelar el secreto que la voy á confiar más que á su esposo; y que Dios cierre las puertas de su gloria para vd., y que la sepulte para siempre en las hondas cavernas del abismo, si falta vd. a su juramento....

—¡Lo juro!

—Pues ahora siéntese vd. y escuche.

Pronunció Manuel estas palabras con tal firmeza y resolución, que Teodora obedeció sin replicar, como quien se siente oprimida por una fuerza invisible.

—Vd. ha recibido una carta en que se la decía que no se casara porque sería desgraciada y haría infeliz á una familia pobre y desolada.

—Es verdad.

—¿Y por qué apresuró vd. su matrimonio?

—Le amaba, le adoraba..... ¡Perdón!....

—¿Dónde está la carta?

—La arrojé al fuego

Y luego se casó vd. Paciencia.... Ahora escuche con atención.

“No lejos de la capital de Guatemala hay una aldea pequeña, donde moraba un anciano labrador que sólo tenía una niña, y ésta era el consuelo de su vejez. En el mismo pueblo residía también otro labrador, á quien despojaron de sus bienes en consecuencia de un pleito judicial que perdió, y por cuyo motivo se comprimió tanto su corazón, que pocos días después bajó á la sepultura dejando á su amigo, el otro labrador de quien he hablado, un hijo joven aún, que quedaba sin parientes y sin más amparo que el amigo de su padre, quien le acogió en su casa como á su propio hijo.

“María, así se llamaba la hija del labrador, y el joven, se vieron y se amaron: tan imposible hubiera sido separarlos, como apartar la desdicha del corazón del hombre.—María, la dijo el joven tomando su mano y estrechándola, María, yo te amo, te adoro: eres mi aliento y mi vida.... ¿Has visto qué descontento estoy cuando el sol se oculta tras de las nubes y lo dejo de ver un día? pues lo mismo me sucede cuando no me hallo junto de tí. ¿Has visto cómo arden mis ojos, cómo palidece mi